

JUAN PABLO II, DESPERTASTE MIL AURORAS

La probada curación de mal de Parkinson de Marie Simon-Pierre gracias a tu intercesión, no nos sorprende. La sanación de cáncer renal del chamaquito polaco que llegó a tu tumba en silla de ruedas y salió andando, menos. Que vayas a ser declarado beato el próximo primero de mayo, fiesta de San José Obrero y Día de los Trabajadores, tampoco. Para colmos, ¡cae en el Domingo de la Divina Misericordia!

- Liberaste miles de pueblos. Mijail Gorbachov confesó hace ya tiempo que "el colapso de la Cortina de Hierro nunca se entenderá bien sin este Papa". Lech Walesa lo narra así: "En 1979 nos apremió a los de Solidaridad: ¡No teman! Envía, Señor, tu Espíritu --oró emocionado-- y nuestra nación renacerá. Le hicimos caso, ¡y renacimos!". En 1986 visitó Cuba, y sigue esclava, me reclamas. Y yo te respondo que desde entonces su mal gobierno no ha dejado de ceder ante el empuje de los espacios de fe y dignidad que aquel evento disparó irremisiblemente.
- Encendiste mil luces. Dominabas once idiomas modernos, más el latín y griego clásicos; y nos entendías en muchos más. Redactaste personalmente catorce extensas y espléndidas Cartas Encíclicas, más treinta Cartas Apostólicas. En 129 lecturas magistrales nos regalaste lo que hemos dado en bautizar como la "Teología del Cuerpo". Una especie de salto dialéctico teológico invitándonos a reinterpretar el don divino de la sexualidad humana desde el Corazón de Dios.
- Prendiste mil hogueras: Emprendiste 129 visitas apostólicas. ¡Sobrevolaste más de un millón de kilómetros! Besaste nuestros suelos, acariciaste a nuestros pequeños y oprimidos. Nos saludaste en multitud de lenguas. Sacudiste nuestras conciencias. Nos predicaste con tu ejemplo e inspiraste a nuestros jóvenes. Millares de jóvenes sanos y bravíos han entrado a nuestros seminarios, perseveran y sirven a Dios y su pueblo como sacerdotes. Las palabras a veces mueven, pero es el ejemplo y la coherencia de vida lo que arrastra.
- Abrazaste mil cruces. El 13 de mayo de 1981 los servicios militares de inteligencia soviéticos intentaron eliminarte manipulando a un peón tan fanático como inepto. Perdiste tres cuartas partes del volumen de tu sangre; pero la Madre de Dios, a quien profesaste siempre la más tierna y fiel devoción, intervino con su Hijo. Quedaste muy maltrecho por unos meses, pero prevaleciste. Hacia finales de 1992 te pilló el Mal de Parkinson. Tenías 71 años, y a esa edad avanza rápido. Esperaban que te retiraras a quejarte, a ver televisión e ir semanalmente al médico, como se acostumbra a esa edad. Ni se te ocurrió. Nunca creíste que los viejos fuéramos desechables. Y todavía te recordamos agotado, apoyándote en tu báculo favorito, el coronado por Jesús Crucificado, acometiendo todavía mayores empresas de redención.
- Te arrodillaste mil veces. Recuerdo que en abril de 1985 cuando llegamos a la pequeña capilla junto a tu apartamento vaticano eran las 6.00 a.m. Tú ya estabas de rodillas y absorto en profunda oración ante El Sagrario. Así permaneciste casi una hora, sin moverte, mientras yo, 20 años más joven, cambiaba de posición cada 10 minutos. Regresé 6 años después, y lo mismo. Ahí es que radicaba tu contagioso optimismo. Tu fortaleza y tu luz. No importa lo extenuante que hubiera sido tu jornada, particularmente durante el transcurso de tus viajes, no ibas a desplomarte en el lecho sin antes recogerte largamente ante el Sagrario que alberga a Jesús en nuestras iglesias. Nadie da lo que no tiene. Nos contagiaste tu inmensa fe e inquebrantable esperanza porque vivías inserto en el amoroso e insondable Misterio del Dios.
- Fuiste mil padres en uno. Millones lloraron tu partida como la de un padre, porque lo fuiste. Poco puede decirse más hermoso. Nos diste vida, nos entregaste la tuya sin regateos. Te han apellidado con razón Grande, pero yo

prefiero recordarte más que nada como un fiel e inmenso Padre. ¿Perfecto? ¡No! Eso te reprocha docena y media de roñosos de dentro y fuera. Ya dieran porque sus vidas fueran la millonésima parte de fecunda que fue la tuya.

Y gracias, finalmente, por no aburrirnos --como otros-- con una autobiografía ensalzándote feamente sobre los demás. Bondad y soberbia nunca ligan bien. *Don y Misterio*, tu pieza más íntima, es un himno de gratitud a Dios por la bondad de otros. Las treinta cortas líneas de tu Testamento te retratan bueno y humilde de cuerpo entero. Eso es todo lo que afirmará formalmente la ceremonia de tu beatificación. Ruega por nosotros, que lo necesitamos.

***Por Guillermo Arias, S.J.
Sacerdote de Saint Vincent de Paul Seminary***

El Nuevo Herald
Publicado el sábado 12 de marzo del 2011